

RÉPLICA

Enrique Florescano

Con motivo de la aparición de mi libro, *Enia, Estado y Nación*, la *Revista Internacional de Filosofía Política* me sugirió participar, con otros comentaristas invitados, en una evaluación de los resultados de esta obra. Acepté porque este tipo de confrontaciones suelen ser provechosas cuando se resuelven en ejercicios críticos responsables. No es éste el caso.

Me referiré aquí, sobre todo, a la participación de Fernando Escalante Gonzalbo, porque la suya no es una evaluación ni un análisis crítico, sino la descarga de sus fobias resumida en una descalificación del libro. Para que el lector sitúe mi respuesta, voy a citar primero sus descalificaciones.

Escalante comienza su descalificación por la última página de mi libro. La fotografía que incluyo ahí muestra los cadáveres de seis yaquis colgados de un árbol como resultado de la represión desatada contra ellos por el ejército federal y las autoridades sonorenses. Esta prueba testimonial que presento como ejemplo de la violencia inhumana que ejerció el gobierno porfirista contra los indígenas, la transforma Escalante en prueba de que el autor situó la violencia «como motivo dominante del libro». Se trata de una afirmación falaz, que ningún lector escrupuloso puede extraer del libro, salvo que esté dominado por sus prejuicios, como es el caso de Escalante. *Enia, Estado y Nación*, como lo enuncia el subtítulo, es un intento de explicar cómo se construyeron las identidades colectivas en México, a lo largo de varios siglos de desarrollo histórico. Como lo digo en el prólogo, este acercamiento a la formación de las identidades colectivas es un esfuerzo por situar

esos fenómenos en su dimensión histórica, un intento por descifrar los mitos que enturbian su comprensión, y una manera personal de responder a las interrogantes que me planteó el resurgimiento de la violencia y la inconformidad en la vieja tierra indígena.

Mi tema, obviamente, no es la violencia; menos puede decirse que el libro esté centrado en este aspecto. Su centro lo constituyen los grupos étnicos, la idea de nación que van construyendo los actores sociales y, por último, las relaciones que se tejen entre el Estado y los actores colectivos. La violencia sólo es tratada cuando irrumpe en el escenario histórico; y cada vez que ésta aparece intento discernir sus causas, especificar su naturaleza y valorar sus efectos. Sólo una lectura malévola o absolutamente prejuiciada puede convertir las 512 páginas de esta obra en un ensayo sobre la violencia, «en el motivo dominante del libro».

Enseguida Escalante afirma que mi libro no es un ensayo histórico ni nada que se le parezca, sino que se trata de «un alegato político cuya argumentación aparece sobre todo en los adjetivos, en la disposición retórica de los materiales». Encarrilado en esta sucesión de negaciones de lo que es el contenido real del libro, llega a decir más adelante que mi mayor pecado es afirmar que «La historia, prácticamente toda, de este país ha transcurrido en contra de los indígenas». Quien lea estas afirmaciones descabelladas buscará, inútilmente, las pruebas que sostengan tamaña aseveración; pero no las encontrará nunca, porque Escalante no acostumbra sostener sus declaraciones con datos ni se ejercita en el análisis; simplemente le da rienda

suelta a sus humores a través de juicios sumarios y acusaciones sin fundamento.

La crítica más devastadora que se le puede dirigir a un historiador es decirle que carece de perspectiva histórica, que no sabe interpretar los hechos que ha seleccionado, que desnaturaliza los fenómenos que pretende estudiar al aplicarles los valores propios del historiador, y no los de su tiempo; o, en fin, que incurre en el pecado del anacronismo. Esta cascada de faltas imperdonables en el oficio del historiador me las reprocha el sociólogo Escalante. Como él se regodea en lo que considera sus hallazgos más incisivos, dice que frecuento el anacronismo y que juzgo a los actores históricos del siglo XIX, y sobre todo a los liberales, «a partir de los supuestos del lenguaje multiculturalista que corresponde a nuestra sensibilidad moral» de hoy día. Reitera que en lugar de ubicar los hechos en su momento histórico, «me pongo a polemizar con la historia que fue», o más bien, «a lamentarme de ella, pues me quejo» de que no haya habido «una política de integración nacional que reconociese a los indígenas y respetara sus tradiciones». Nada hay de esto en mi libro.

A estas alturas, el lector se preguntará asombrado ¿cuál es el fundamento que permite lanzar una crítica de esas proporciones? El fundamento de esa serie de incontroladas descalificaciones no está en las deficiencias que pudieran hallarse en cualesquiera de las cuatro partes que componen el libro, sino en el prólogo. Ahí me refiero a los escasos momentos de concordia nacional que experimentó el país con motivo de la consumación de la Independencia en 1821, el restablecimiento de la soberanía nacional en 1867, o durante la celebración del triunfo de Francisco I Madero en las elecciones de 1911. A continuación digo: «Desafortunadamente, esos remansos de concordia no fueron seguidos por una política efectiva de inte-

gración nacional, que unificara a los distintos componentes del cuerpo social y al mismo tiempo respetara sus tradiciones, particularmente la trayectoria de las comunidades indígenas, las únicas con una tradición americana singular» (p. 19).

Nada revela mejor la ética que guía a Escalante, ni las verdaderas intenciones de su crítica, que el uso de esta cita que, repito, corresponde al prólogo, no al análisis histórico que desarrollo en las cuatro partes. Escalante no tiene el mínimo interés en evaluar el enfoque, los métodos, las fuentes o las dificultades que enfrenta un historiador cuando analiza las complejas pugnas políticas y sociales que recorren nuestro siglo XIX. Lo que a él le interesa es encontrar un resquicio cualquiera para descalificar un estudio que pone al descubierto el profundo sentido anti-indigenista de los grupos dirigentes del porfiriato. Sobre esta parte se concentran todas sus observaciones, a tal punto que comete la irresponsabilidad de extender sus críticas al conjunto de la obra, basado sólo en los ejemplos que saca del porfiriato.

Apoyado en el comentario citado antes, Escalante se lanza a decir que en mi «reprobación de las élites decimonónicas hay la misma conciencia de superioridad» ¡¡¡que la que manifestaron los porfiristas frente a los bárbaros!!! Aquí, como se advierte, el sociólogo se ha transformado en juez moral de los historiadores que no cumplan con sus convicciones y prejuicios. En ninguna página de esta obra, ni en libros anteriores, antepongo mis valores al análisis de los hechos que me había propuesto estudiar. Como lo puede constatar cualquier lector no prejuiciado, en *Etnia, Estado y Nación* hay siempre, primero que nada, una presentación de los datos, luego un análisis de los mismos y, al final de ese ejercicio, pero sólo al final, mi valoración personal de los hechos así examinados.

Contra lo que argumenta Escalante sin

ninguna base, mi juicio sobre el gobierno porfirista no se apoya en la adopción de un supuesto «lenguaje multiculturalista» hoy vigente en algunos círculos académicos. Se sustenta en un análisis del ejercicio de esa política a nivel local, regional y nacional, y particularmente en las disposiciones agrarias, fiscales, sociales, políticas y militares que el gobierno puso en práctica contra los indígenas y sobre todo contra los yaquis y los mayas. La violencia de la política porfirista fue un descubrimiento tan sorprendente en mi propia investigación, que me obligó a comparar esa política con la de los liberales de la primera hora, con la de la generación de la Reforma, y con la de los mismos conservadores. De ahí extraje la conclusión de que la política porfirista degeneró en etnocidio, convirtió a los indígenas en «enemigos de la nación y les confirió los rasgos más brutales y degradados de la condición humana». Estos juicios no son una retórica, son un intento de explicar con palabras una realidad monstruosa.

En contraposición a lo que piensa Escalante, mis juicios no se inspiran en éticas o valores contemporáneos. Proviene, como digo, del análisis de la propia reali-

dad histórica, y de la comparación de estas políticas con las asumidas en épocas anteriores. Mi crítica a las políticas porfiristas está anclada en su propia circunstancia histórica; por eso esta parte se esfuerza en contrastar las ampulosas declaraciones de la élite porfirista sobre el progreso, las libertades y la civilización, con la realidad de sus acciones intolerantes, exterminadoras e inhumanas contra los indígenas. Ése no es un lenguaje tomado en préstamo a los multiculturalistas de hoy día; fue el lenguaje que en la misma época usaron los escasos críticos que se atrevieron a desafiar la intolerancia porfirista.

Podría ofrecer otros muchos ejemplos que manifiesten el abismo existente entre la documentación que manejo en mi libro y los juicios atrabiliarios de Escalante. Pero creo que es inútil. Su *hybris* incontrolable frustró el intento de esta revista de llevar a los lectores una muestra de las cualidades críticas y valorativas que hoy animan a los círculos académicos mexicanos. En lugar de ello se gastó papel en el ego de Escalante, y yo me ví constreñido a concederle todo el espacio de mi respuesta, lo cual era al fin y al cabo su único objetivo en este triste *affaire*.